



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de abril de 1999

Testimoniar a Dios Padre es la respuesta cristiana al ateísmo

1. La orientación religiosa del hombre le viene de su misma naturaleza de criatura, que lo impulsa a buscar a Dios, quien lo ha creado a su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1, 27). El [concilio Vaticano II](#) ha enseñado que «la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. Desde su nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador» (*Gaudium et spes*, 19).

El camino que lleva a los seres humanos al conocimiento de Dios Padre es Jesucristo, el Verbo hecho carne, que viene a nosotros con la fuerza del Espíritu Santo. Como he subrayado en las catequesis anteriores, este conocimiento es auténtico y pleno siempre que no se reduzca a algo meramente intelectual, sino que implique de modo vital a toda la persona humana. Ésta debe dar al Padre una respuesta de fe y amor, consciente de que, antes de conocerlo, ya ha sido conocida y amada por él (cf. *Ga* 4, 9; *1 Co* 13, 12; *1 Jn* 4, 19).

Por desgracia, el hombre, atormentado por la duda y a menudo influido por el pecado, vive con fragilidad y contradicción este vínculo íntimo y vital con Dios, deteriorado por la culpa de sus antepasados ya desde el comienzo de la historia. Además, la época contemporánea ha conocido formas particularmente devastadoras de ateísmo «teórico» y «práctico» (cf. *Fides et ratio*, 4647). Sobre todo es perjudicial el *secularismo*, con su indiferencia ante las cuestiones últimas y ante la fe, pues representa un modelo de hombre totalmente ajeno a la referencia al Trascendente. Así, el ateísmo «práctico» es una realidad amarga y concreta. Aunque se manifiesta sobre todo en las civilizaciones económica y técnicamente más avanzadas, sus efectos se extienden también a las

situaciones y culturas que están en proceso de desarrollo.

2. Es preciso dejarse guiar por la palabra de Dios, para leer esta situación del mundo contemporáneo y responder a las graves cuestiones que plantea.

Partiendo de la sagrada Escritura, se notará enseguida que no habla para nada del ateísmo «teórico»; en cambio, se esfuerza por rechazar el ateísmo «práctico». El salmista tacha de insensato al que piensa: «¡No hay Dios!» y obra en consecuencia: «Corrompidos están, de conducta abominable; no hay quien haga el bien» (*Sal* 14, 1). En otro salmo, se reprocha la actitud del «impío insolente, que menosprecia al Señor», diciendo: «¡No hay Dios!» (*Sal* 10, 4).

Más que de ateísmo, la Biblia habla de *impiedad* e *idolatría*. Impío e idólatra es quien, en vez de Dios, prefiere una serie de productos humanos, considerados falsamente divinos, vivos y activos. Se dedican largas invectivas proféticas contra la impotencia de los ídolos y, a la vez, contra quienes los fabrican. Con vehemencia dialéctica contraponen a la vacuidad e ineptitud de los ídolos fabricados por el hombre el poder del Dios creador y hacedor de prodigios (cf. *Is* 44, 9-20; *Jr* 10, 1-16).

Esta doctrina alcanza su desarrollo más amplio en el libro de la Sabiduría (cf. *Sb* 13-15), donde se presenta el camino, que después evocará san Pablo (cf. *Rm* 1, 18-23), del conocimiento de Dios a partir de las cosas creadas. Ser «ateo» significa entonces no conocer la verdadera naturaleza de la realidad creada, sino darle un valor absoluto y, por eso mismo, «idolatrarla», en lugar de considerarla como huella del Creador y camino que lleva a él.

3. El ateísmo puede incluso convertirse en una forma de ideología intolerante, como demuestra la historia. En los dos últimos siglos ha habido corrientes de ateísmo teórico que han negado a Dios en nombre de una supuesta autonomía absoluta o del hombre o de la naturaleza o de la ciencia. Es lo que pone de relieve el *Catecismo de la Iglesia católica*: «Con frecuencia el ateísmo se funda en una concepción falsa de la autonomía humana, llevada hasta el rechazo de toda dependencia con respecto a Dios» (n. 2126).

Este ateísmo sistemático se ha impuesto durante decenios, creando la ilusión de que, eliminando a Dios, el hombre sería más libre, tanto psicológica como socialmente. Las principales objeciones que se hacen sobre todo a la figura de Dios Padre se basan en la idea de que la religión constituiría para los hombres un valor de tipo compensatorio. Después de eliminar la imagen del padre terreno, el hombre adulto proyectaría en Dios la exigencia de un padre amplificado, del que a su vez ha de liberarse, porque impediría el proceso de maduración de los seres humanos.

Frente a las formas de ateísmo y a sus motivaciones ideológicas, ¿cuál es la actitud de la Iglesia? La Iglesia no desprecia el estudio serio de los componentes psicológicos y sociológicos del fenómeno religioso, pero rechaza con firmeza la interpretación de la religiosidad como proyección

de la psique humana o como resultado de condiciones sociológicas. En efecto, la auténtica experiencia religiosa no es expresión de infantilismo, sino actitud madura y noble de acogida de Dios, que responde a la exigencia de significado global de la vida y compromete responsablemente al hombre a construir una sociedad mejor.

4. El Concilio reconoció que los creyentes han podido contribuir a la génesis del ateísmo, porque no siempre han mostrado de forma adecuada el rostro de Dios (cf. *Gaudium et spes*, 19; *Catecismo de la Iglesia católica*, 2125).

Desde esta perspectiva, el testimonio del verdadero rostro de Dios Padre es precisamente la respuesta más convincente al ateísmo. Es obvio que esto no excluye, sino que exige también la correcta presentación de los motivos de orden racional que llevan al reconocimiento de Dios. Desgraciadamente, dichas razones a menudo se ven ofuscadas por los condicionamientos debidos al pecado y por múltiples circunstancias culturales. Entonces, el anuncio del Evangelio, respaldado por el testimonio de una caridad inteligente (cf. *Gaudium et spes*, 21), es el camino más eficaz para que los hombres puedan vislumbrar la bondad de Dios y reconocer progresivamente su rostro misericordioso.

Saludos

Me es grato saludar a los peregrinos de España y de algunos países de América Latina. De modo especial, saludo a los sacerdotes que realizan un curso de renovación en el Pontificio Colegio Español de Roma. Saludo también a los grupos parroquiales y escolares. Que Dios Padre, al mostrarnos su misericordia, haga sentirnos hermanos unos de otros, buscando siempre la paz y rechazando el odio y las divisiones que pueden llevar a cualquier forma de guerra.

El Señor resucitado suscite en cada uno de vosotros, queridos *jóvenes*, la alegría de seguirlo con valentía y entusiasmo; a vosotros, queridos *enfermos*, os conforte y consuele, para que podáis comprender que los sufrimientos, aceptados con amor, difunden la gracia del sacrificio pascual a toda la humanidad; y a vosotros, queridos *recién casados*, os permita acoger y promover siempre la vida, don precioso de su infinito amor.